

MEDICINA Y PERSONA

Ciencia, técnica y humanidad en la medicina de hoy*

D. Martínez Caro

Cuando uno mira con cierto ojo crítico al mundo de hoy, comprueba que uno de los males que nos afligen es aquel que podríamos denominar el "síndrome de agotamiento de la capacidad de asombro". Cada vez se necesitan estímulos más variados y más intensos para suscitar en el hombre de hoy esa sensación de asombro que presupone un sistema global de medida y de ritmo de las cosas que, al quebrarse por el hecho imprevisto o maravilloso, origina una actitud de reverencia y de respeto.

La civilización tecnológica, en la que estamos inmersos, nos ha llevado a una carrera de novedades y logros que están poniendo en peligro esta facultad humana, la del asombro, con su constante martilleo. Y el fenómeno es más agudo y más intenso en las nuevas generaciones que, aun antes de llegar al uso de razón, se encuentran rodeadas de un mundo de sensaciones, ruidos, músicas, televisores, satélites espaciales y juguetes electrónicos que puede que lleguen a parecerles tanto o más "naturales" que una flor junto a un camino o el rumor del aire en la copa de un árbol.

Por ello, sería ingenuo por mi parte el pretender el asombro de mis lectores con un relato detallado de lo que ha supuesto el impacto de los avances científicos y técnicos en el campo de la Medicina, de la que soy estudiante desde hace ya casi treinta años. Pero sí me interesa para el propósito de esta exposición, señalar en unas pocas pinceladas cuáles son los campos en los que estos avances se hacen patentes no sólo a los médicos, sino al público en general y cuáles son las raíces de estos logros.

Desde un punto de vista global es evidente la mejora de la salud del hombre. Nuestro siglo ha visto, con una fuerte aceleración en las últimas décadas, un descenso de la mortalidad del 35 al 8 por mil (aunque esta cifra

deberá estabilizarse con el envejecimiento de la población alrededor del 14) y un aumento de la vida media desde menos de 40 hasta casi los 75 años.

La aplicación de medidas profilácticas ha supuesto un golpe decisivo para muchas enfermedades en las que se ha llegado casi a la erradicación (como el paludismo, la viruela, la rabia o la poliomielitis) o a un considerable retroceso, como en el caso de la tuberculosis. Muchas de las plagas de otras épocas han quedado así prácticamente eliminadas y la extensión de los servicios de salud ha supuesto un logro para la comunidad humana convirtiendo la asistencia médica en uno de los derechos fundamentales del individuo.

Si entramos en el campo de la Medicina clínica resulta realmente impresionante el avance en el conocimiento de las causas y el mecanismo de muchos procesos morbosos, el adelanto de las técnicas de diagnóstico y el desarrollo de las nuevas formas de terapéutica.

Podemos decir que los factores de este cambio se han debido en gran parte a la introducción en el campo clínico de las ciencias fundamentales, desde la fisiología hasta la biología molecular, potenciadas por los avances de la física, la bioquímica, las matemáticas o la informática.

Como resultados conocidos de este hecho podríamos mencionar:

- El descomunal avance de las técnicas analíticas, con el empleo masivo de la espectrofotometría, de la automatización analítica y de las modernas técnicas de radioinmunoanálisis.
- El desarrollo espectacular de los sistemas biológicos de medida, registros de potenciales eléctricos, de reflexión de ecos ultrasónicos y de detección de gradientes térmicos.
- Las nuevas técnicas radiológicas, de la que es una importante muestra la tomografía axial computarizada.

* Texto de la conferencia pronunciada por el autor en el Colegio Mayor Ayete de San Sebastián, el 25 de noviembre de 1977.

- El llamativo progreso de la Cirugía, del que es exponente el importante campo de los trasplantes, el desarrollo de prótesis y órganos artificiales, los sistemas de asistencia vital y la cirugía reconstructiva y de revascularización coronaria.
- La aparición de los Cuidados Intensivos y sus progresos en el mantenimiento de las funciones vitales y en la recuperación de muchos pacientes hasta hace poco desahuciados por la ciencia médica.
- El desarrollo de la genética clínica que ha ido desde el reconocimiento de la base genética de muchas enfermedades a la posibilidad de intervenir por medio de lo que se conoce como "ingeniería genética" en la modificación positiva de muchas condiciones potencialmente patológicas.
- El conocimiento de la biología de infinidad de microorganismos, bacterias y virus, que permite una lucha más eficaz contra su posible acción patógena.
- El amplio desarrollo de la inmunología, con importantes logros en la lucha contra gran cantidad de procesos y en la explicación de mecanismos que pueden suponer el avance definitivo en el combate contra el cáncer.

Y tantos otros cuya enumeración no haría sino alargar esta exposición, oscureciendo, quizá, los fines que pretende.

Por otra parte, como un signo de los tiempos, la rápida difusión de la información, dado el progreso espectacular de los medios de comunicación, ha supuesto un importantísimo avance en la expansión de los conocimientos y en la constitución de una auténtica comunidad científica internacional. Cualquier avance, cualquier dato relevante, puede ser poseído por la profesión médica en meses, semanas e incluso días.

El panorama descrito, y la tendencia aceleradora de todo progreso, hace predecir un futuro prometedor, con la solución de muchas incógnitas y la respuesta a tantos otros interrogantes al alcance casi de nuestras manos.

Panorama optimista que no plantearía problemas si se tratase de la ciencia veterinaria o de la física del estado sólido. Pero la Medicina es Ciencia y Humanidad. De la enfermedad, de la fisiología trastornada, de las células enfermas o de las cadenas enzimáticas alteradas, el médico ha debido saber pasar siempre al hombre, al hombre enfermo e indigente. Y no sería objetivo si no me preguntase. ¿Cuáles son aquí nuestros progresos? ¿Cuánto es el avance conseguido? ¿Podría su consideración llegar a estimular también nuestra capacidad de asombro?

Es como un tópico la afirmación de que la tecnificación y la inevitable especialización de la Medicina ha llevado consigo una deshumanización del médico, como si el recurso a los conocimientos científicos y a los poderosos medios técnicos tuviese que comportar necesariamente una despersonalización de la relación entre el médico y el enfermo. De ahí, la continua añoranza del viejo médico de familia, sacrificado y afable, paño de lágrimas de todos los de la casa.

Por otra parte, la concentración del potencial humano y técnico de la Medicina moderna en los grandes

centros hospitalarios ha traído consigo toda una problemática de organización administrativa, de jerarquías y relaciones laborales, que ha llevado a las profesiones médicas a unos planteamientos reivindicativos que, a pesar de su legitimidad en muchos casos, afectan negativamente a los contenidos éticos más elementales y tradicionales de la profesión.

Pero todo esto sería lo de menos, con ser importante. Hay otra sombría realidad que nos está invadiendo con una preocupante y siniestra aceleración. Parece como si la profesión médica hubiese renegado en muchos casos de su razón de ser fundamental, perdiendo incluso hasta los últimos vestigios de Humanidad. Me refiero a la plaga invasora del aborto y la eutanasia. También sería superfluo intentar describir sus estragos. Pero no me resisto a recordar un dato terrorífico. En los Estados Unidos, paraíso de la Medicina moderna, se matan cada año más vidas inocentes (pasan ya del millón) que en todas las guerras de su historia juntas (868.000) incluyendo Corea y el Vietnam. Y la plaga se ha extendido por nuestro "civilizado" Occidente, amenazando ya nuestro país.

No hace mucho, dos "eminentes" científicos, galardonados con el premio Nobel, han firmado un manifiesto en el que se pide que un niño no esté legalmente vivo hasta tres días después del nacimiento, de forma que sea posible dejarle morir si nace con algún defecto. Un poco más adelante, proponen la muerte obligatoria a los 80 años de edad...

Y renuncio, aun con la seguridad de que lo conseguiría, a provocar el asombro de los que me leen, relatando detalles de los "avances" conseguidos en experimentación humana, utilizando muchas veces los seres más débiles y necesitados de la ayuda y la protección de quienes, en una especie de esquizofrenia colectiva, se la niegan en aras del "progreso" de la humanidad.



Como dice un autor, nos encontramos ante el impresionante fenómeno de una humanidad humanicida.

¿Cómo hemos llegado aquí? No es éste el fruto de un extravío reciente. Es la manifestación de una profunda enfermedad subyacente que tiene su origen hace ya siglos y que sólo en esta época nos ofrece sus más desoladores resultados.

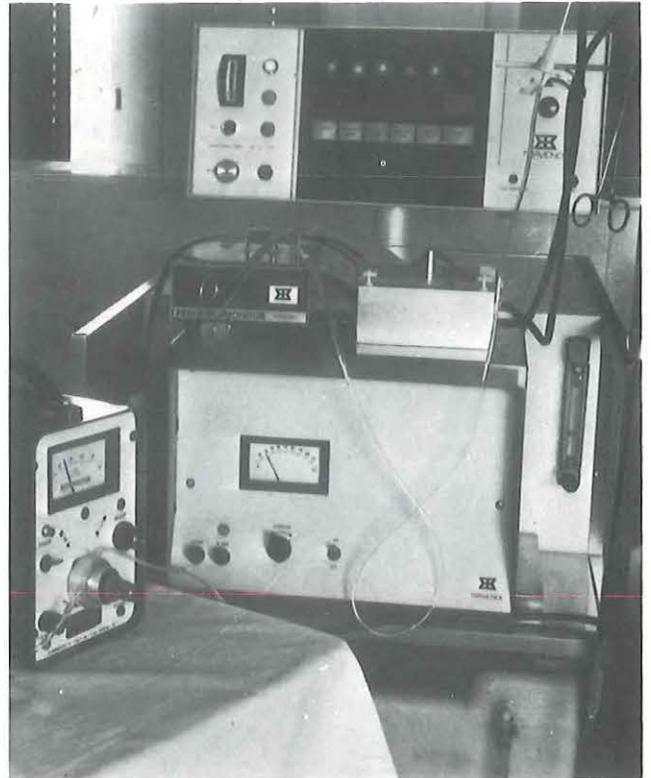
Del concepto del hombre como parte privilegiada de un universo cuyo centro era Dios, hemos caído en una idea antropocéntrica, cuya descarnada pobreza nos muestra ahora sus frutos amargos. Del hombre creado a imagen y semejanza de Dios, criatura suya, hijo suyo, hemos pasado al hombre que aparece en el cosmos como fruto del azar y no es sino la imagen de un robot perfecto. Sólo existe lo objetivo. La ciencia no tiene otro contenido que ése. El espíritu, la filosofía, la metafísica, Dios, no son sino reliquias de un pasado de ignorancia.

Este proceso ha sido descrito por un psiquiatra holandés, que estudia con certera lucidez esta degradación del concepto del hombre. Se trata de Does de Willebois, y no me resisto a citar su estremecedora descripción: "...esta marcha de la razón ha hecho posible, desde luego, el increíble desarrollo de la ciencia y de sus frutos tecnológicos; pero, por otra parte, al pretender una independencia absoluta, la razón tiende a volverse contra la vida y a convertirse en enemiga del hombre. Esto era evidente desde el comienzo, y solamente tres siglos más tarde, la imagen del hombre aparece desfigurada casi por completo, al haber sido reducida al modelo científico, considerado como única verdad.

Después de Galileo, el universo se convirtió en el mecanismo de un gigantesco reloj; y después de Descartes, se consideró a la persona como un hombre-máquina. Desde que la ciencia demostró que no era el sol el que giraba en torno a la tierra, sino que era la tierra quien lo hacía alrededor del sol, el hombre dejó de vivir en el centro de la creación y se puso en camino hacia la soledad absoluta de una existencia arbitraria en un espacio inanimado. A partir de este momento, la tierra se había convertido en un planeta cualquiera de un sistema solar indiferente, en el que la presencia del hombre era puramente accidental.

Así, el descubrimiento copernicano —primera victoria del pensamiento racionalista sobre la sabiduría iluminada por la fe—, inició el camino hacia la reducción de la imagen del hombre, consumada, especialmente a partir del siglo XIX, por las filosofías del "nada-más-que" (Stern). Estas son sus tesis primordiales: desde que Darwin dio a conocer la teoría de la evolución, rápidamente se consideró que el hombre no era *nada más que* un producto biológico de la selección natural; desde otra perspectiva —la de Marx—, el hombre y su civilización no son *nada más que* un producto de la situación económica, y desde el punto de vista psicodinámico, el hombre no será después de Freud, *nada más que* un producto de instintos más o menos sublimados. Por si faltase algo, en nuestra época, la psicología declara que el hombre no es *nada más que* una máquina particularmente complicada que, a la larga, tal vez deba ceder su puesto al ordenador. Todos nuestros pensamientos, nuestros sueños e imaginaciones, no son *nada más que* actividades de la maquinaria neuronal del cerebro (Eccles): actividades que, en principio, seremos capaces de

descodificar y controlar, hasta el extremo de que actualmente vemos afanarse a los behavioristas para reconstruir la imagen del hombre a partir del comportamiento de las ratas, condicionados en la caja de Skinner.



Todos estos hallazgos se hubieran podido integrar en una nueva concepción del hombre de haber sido descritos como lo que realmente eran, es decir, como aspectos limitados o parciales interpretaciones de la totalidad. Sin embargo, como consecuencia del "a priori" materialista, el hombre fue reducido una y otra vez al modelo científico y, poco a poco, hemos llegado a olvidar que está dotado de un alma, porque no hay lugar para ella en el modelo. Por este camino, la vida humana se convierte fácilmente en algo que se usa y se tira".

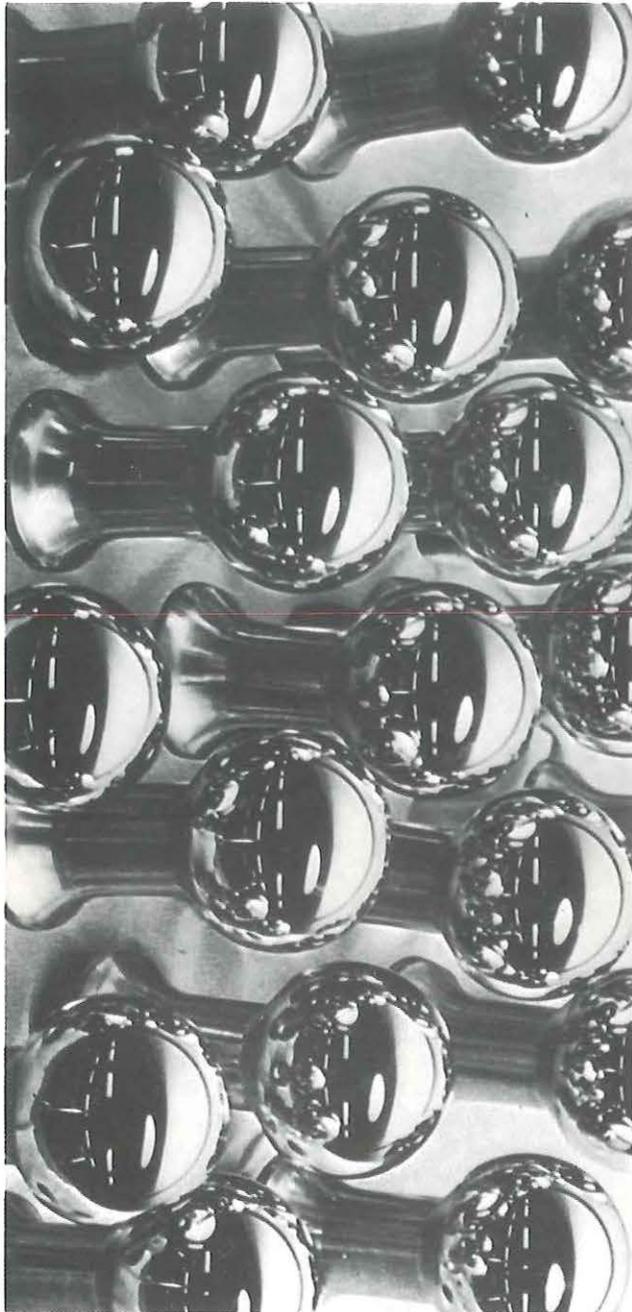
De este modo, la Ciencia y la Técnica, contrapuestas arbitrariamente al espíritu, nos llevan a la más completa alienación del hombre.

Y la "ética" que se deriva de este "conocimiento" es por sí misma inmoral. La muerte de Dios nos conduce a la muerte del hombre.

Comprendemos así el grito del poeta Eliott: "¿Dónde está la sabiduría que hemos extraviado en el conocimiento?". Sólo la vuelta al verdadero centro nos hará recuperar esa sabiduría extraviada. Y con ella, el resto de virtudes sepultadas. La "Humanidad" perdida.

Para ello, necesitamos vivificar el auténtico concepto del hombre, ser personal, unidad de cuerpo y espíritu. Dotado de un alma de dimensiones trascendentes que se

proyectan hacia Dios y hacia sus hermanos, los otros hijos de Dios. Hombre, al que se le ha dado la posibilidad de liberarse de la esclavitud del error, de las tinieblas de la ignorancia, del odio de sí mismo y de los otros.



Necesitamos reencontrar el altísimo valor del trabajo, de las conquistas del entendimiento humano, de la Ciencia y de la Técnica, como aspectos esenciales de una síntesis, de una unidad de vida humana que trasciende los estrechos límites de lo objetivo y alcanza las elevadas cimas del espíritu.

La profesión médica necesita también, como la

humanidad entera, esa vuelta a las fuentes. Decía Gustave Thibon, rememorando el regreso al puerto natal: "lo que das, Señor, no es nada comparado con lo que devuelves..."

Creo que es ésta una de las misiones esenciales de la Universidad. Hace ya bastantes años decía López Ibor: "El profesional puro, como el técnico puro, sí se pueden formar al margen de la Universidad, porque en ellos se trata cuando más, de un cultivo parcelar y lineal de las capacidades humanas. Pero si queremos infundir en ellos, a grandes bocanadas, el aliento de redención de nuestras formas futuras de vida, es necesario conservar a unos dentro de la Universidad y enclavar a otros en su diáspora, para que así readquieran la raíz humana de su actividad y porque allí es donde, fundamentalmente, se realizará el cultivo íntegro y totalitario del hombre para la ciencia, estableciendo una jerarquía de valores de la que deducir una norma de conducta".

En la formación de las futuras generaciones de universitarios, de médicos en este caso concreto del que hablamos, estará la solución de esta tremenda crisis.

Formación, que nos exige llevar los conocimientos lo más lejos posible y dotarlos de la capacidad de seguir traspasando sus fronteras, pero al mismo tiempo cultivar esa perfección del hábito intelectual que caracteriza la educación liberal de la Universidad y que Newman denominaba el "criterio", como potencia de una vida superior.

Que las futuras generaciones de médicos aprendan, junto a los conocimientos y las destrezas, aquellas *actitudes* que han sido, son y deben ser la grandeza de la Medicina, la expresión de su verdadera "humanidad":

— Conciencia viva de la realidad de la *persona* en el enfermo. "Persona", como dice Guardini, "es la capacidad de autoposición y responsabilidad por sí mismo; para vivir en la verdad y en el orden moral. No es de naturaleza psicológica, sino existencial. Radicalmente, no depende de la edad ni de la situación corpóreo-anímica, ni de las dotes, sino del alma espiritual que posee cada hombre. La personalidad puede estar inconsciente, como en el que duerme; sin embargo, está ahí y ha de ser respetada. Puede estar sin desarrollar, como en el niño; sin embargo, ya reclama la protección moral. Incluso es posible que no se ponga en acto en absoluto porque falten las condiciones previas en lo físico y en lo psíquico, como en los alienados y los idiotas; pero el hombre moral se distingue de los bárbaros en que también la respeta en ese ocultamiento. Puede incluso estar escondida, como en el embrión, pero ya está puesta en él y tiene su derecho.

Esta personalidad es lo que da al hombre su dignidad. Le distingue de la cosa y le convierte en sujeto".

— Sentido de la propia vida y de la vida de los otros, como algo abierto hacia el tú, hacia el amor.

— Con ello, el sentido del dolor y de la enfermedad en la vida del hombre, como una caricia de Dios que, para el cristiano, le llena de dignidad e identifica a ese semejante con la figura del propio Cristo.

— Y el sentido de la muerte, que depende ciertamente del sentido que se le haya dado a la vida. No hay experiencia que más humanice al médico que la muerte de un paciente, contra la que luchó perdiendo al final la batalla. Es lógico que la fe sea aquí más necesaria que

nunca. Y junto a ella, la entereza y el valor de renunciar ya a lo que ni la Ciencia ni la Técnica puedan dar en ese momento, para ser testigos de excepción de la experiencia más importante en la vida personal del que agoniza: el cambio de morada. Testigos y facilitadores de una muerte digna y llena de paz.

Son éstos, probablemente, los contenidos más importantes, y a veces los más olvidados, del aprendizaje del futuro médico. Y es ésta nuestra más grave responsabilidad como profesores universitarios.

En esta hora en la que a todos se nos pide la claridad y la fortaleza de un testimonio auténtico, sólo la decisión de ser fieles a esta responsabilidad puede sustentar nuestro optimismo. Como cristianos, además, la convivencia diaria con los que sufren, con sus dolores y esperanzas, la lucha por responder a los imperativos éticos de una profesión que trata con la vida y con la muerte, deben hacernos sentir la realidad y la vigencia de aquellas palabras que marcaron un cambio decisivo en la Historia de los hombres: "Con esta señal vencerás".